

Nayibe Peña Frade

El espacio urbano como creador de sociedad y cultura

Para los fines

El espacio urbano
como creador de
sociedad y cultura

Nayibe Peña Frade

El espacio urbano como creador de sociedad y cultura



En la ciudad y lo urbano se manifiestan y encarnan el tiempo y el espacio modernos, desde ahí se modifican la faz del saber, el sentir, el querer y el hacer humanos. La ciudad no es sólo el punto desde el que se observa, se piensa o se actúa; es lo que se debe analizar y comprender porque es la forma que ha ido adquiriendo el universo humano. En esa medida, su estudio puede propiciar la confluencia de diferentes disciplinas.

Presencia y ausencia de la ciudad

Ya es tópico decir que la ciudad es el asiento de la cultura, de la filosofía y de la política y, además, la condición natural de la sociedad. Muchas «cosas», buenas y malas, fueron posibles únicamente porque las personas empezaron a compartir un mismo espacio y condición de vida; seres dispersos en un amplio territorio no podían aspirar más que a la supervivencia física, a lo local, inmediato e intrascendente. Si no se separaba de la naturaleza formando sociedad el espécimen humano no superaba su animalidad; cuando construyó una naturaleza artificial y propia, es decir, una cultura, el animal humano se hizo individuo. Y en ese proceso la ciudad se configuró, a la vez, como origen y resultado, como fin y medio.

Los textos sobre política, filosofía, epistemología, psiquiatría, historia, economía, literatura o arte muestran la complejidad de la sociedad y la cultura, el portentoso entramado de significados y fuerzas que, a primera vista, no tienen relación entre sí pero que confluyen en un sustrato muy profundo. A pesar de la aparente desconexión entre estas gruesas e inextricables temáticas lo más evidentemente común a ellas es la generalizada carencia del espacio como dato o como existencia en sí mismo. Los autores estudian y escriben sobre asuntos humanos y sociales que no hubiesen existido jamás sin la vida urbana y, sin embargo, ¡ni siquiera mencionan a la ciudad!

La ciudad no suele estar en estos discursos. Los escritores la suplantán, la reemplazan, la subsumen o la abstraen en y por reelaboraciones: la sociedad de consumo o de masas, la globalización, el modo de producción capitalista, la cultura represiva, los mass-media, las mutaciones de la democracia, la modernidad o la lógica de mercado; o la presuponen implícita en categorías aún más difusas: la despersonalización, la carencia de sentido, la fragmentación, el poder, la jaula de hierro o la vida cotidiana. Pero el tuétano del asunto es que no se ocupan de la ciudad como realidad sino como el espacio en el que transcurren lo importante o lo fundamental; el espacio urbano resulta así invisibilizado.

Los científicos sociales y los filósofos acostumbran sustituir la realidad de la ciudad

por los efectos que genera. Muchos análisis que se ocupan del poder, el control social y la reproducción de la cultura asumen que la ciudad es un dispositivo de vigilancia y represión pero no describen ese proceso de dominación, no lo desmontan pieza por pieza. Los hechos no desmienten la asociación entre vida urbana y control social, sin embargo, esos pensadores no han pasado de utilizar una sospecha plausible, compartida y coincidente a la develación total del mecanismo de opresión.



Alemania Scivias (Códice Salemer)
Pluma y tinta sobre pergamino, 1200

La ciudad sólo existe como tema específico para la Arquitectura y el Urbanismo; en el discurso de estas disciplinas tiene una existencia indiscutible como realidad física que ocupa un espacio. Las ciencias sociales, al contrario, han llegado a lo urbano siguiendo la pista de conceptos abstractos: la movilidad social, la identidad cultural, los grupos de referencia, la división del trabajo, los movimientos sociales, la perspectiva de género; en fin, todo sucede en

la ciudad. En estos tiempos cualquier interrogante sobre la sociedad o la cultura tiene como locus a la ciudad y la vida urbana. No queda otra forma de vida porque lo urbano, que ya ni siquiera necesita del espacio ciudadano, se ha convertido en un ethos y en una perspectiva que se difunden por el mundo. Es probable, incluso, que se hayan extinguido los no-urbanícolas, aunque es de suponer la existencia de sincretismos extraños en los

cuales lo urbano sea apenas uno de los elementos que define el comportamiento, la comunidad o el individuo del que no se puede decir tajantemente que es urbano pero tampoco que no lo es.

En la utopía, texto instaurador del Urbanismo, confluyen lo social y lo espacial para dar respuesta a la pregunta por la felicidad humana. Las utopías describen una sociedad modelo sustentada en una espacialidad modelo. Este género trasciende el axioma de que la ciudad es la proyección de la sociedad en el espacio y convierte a la organización social y el espacio urbano en entidades de una misma índole. Es uno de los pocos discursos de orden intelectual que asume a la ciudad en sí misma, que no la reduce ni la suplanta; el espacio urbano no es el telón de fondo en el que se destacan las acciones narradas o los fenómenos analizados sino que es la acción o el fenómeno mismo.

El tópico fundamental de la utopía literaria es un modo de vida y de organización social que se expresa y es configurado, simultáneamente, en, y por, un espacio urbano.

El vacío y la dispersión como generadores de utopías

En la Edad Media fue la última vez que el individuo tuvo unidad porque la cultura era unitaria. El pensamiento, la acción y el sentimiento, tanto del individuo como de la sociedad, confluían en una misma conciencia moral. La religión cumplía tres funciones:

Explicaba el mal en forma creíble y ofrecía una manera de superarlo; definía la Verdad, el Bien y la Belleza; establecía la unidad del hombre y de la naturaleza, el sentimiento de intimidad con el proceso cósmico (1: 524).

En la Edad Media el individuo no era huérfano, como lo ha sido desde la Ilustración; tenía un padre, terrible y ambiguo, que exigía sumisión absoluta pero que proporcionaba total seguridad. Dios era la explicación última y definitiva, todo lo que sucediera expresaba su voluntad y ésta era buena aunque insondable. Lo único que exigía a cambio era fe y un esfuerzo permanente por hacerse merecedor de su gran dádiva: la salvación.

En esa sociedad tradicional la vida y la tierra eran la esencia de la finitud, la etapa previa e inexorable a la verdadera existencia. Esa certeza interiorizada regía la cultura con un resultado paradójico: fue la época en que la humanidad occidental tuvo más conciencia del presente porque su cosmogonía excluía el pasado y el futuro. La medieval era una cultura fuertemente autoritaria y jerarquizada pero coherente consigo misma.

Al hacer de la naturaleza un objeto cognoscible (y más tarde utilizable para los fines del individuo) la Ilustración despojó a dios -y a sus representantes- de su más grande poder: ser la única explicación válida del mundo. Cuando la ciencia descubrió en la naturaleza leyes y patrones que permitían predecir o identificar una cadena causal alteró por completo la relación del sujeto con la sociedad, la cultura y la realidad. La lógica racional que desató la Ilustración situó al individuo en la condición existencial que todavía lo define: la incertidumbre. En un mundo en el que todo puede ser; nada es; cuando cualquier fenómeno tiene una causa y responde a una ley el mundo deja de ser misterio y magia. Con este proceso la especie humana se hizo adulta, lo cual implica responsabilidad, autonomía y, con ellas, desasosiego y desencanto.

En este contexto, y con la pretensión última de restaurar la unidad perdida, aparecen las utopías. Parten del supuesto de que su mundo es una manifestación palmaria de la decadencia y la degeneración del espíritu humano. Aspiran a reimponer los valores y la moral en una realidad social que les parece inmoral y corrupta; ven en el exceso el vicio fundamental y en el individualismo el gran mal. Culpan doblemente a los que detentan el poder; por un lado, porque como líderes han confundido y manipulado y, por otro, porque como poseedores de riqueza han reducido a la sociedad a la condición de sierva. Los utopistas no le reconocen mayoría de edad al grueso del grupo humano, no creen que la gente sea responsable de su situación sino que, con su anuencia pasiva, ha sido instalada en ella.

Los utopistas literarios son voluntaristas, suponen que una forma de vida genera una forma de pensamiento, que se puede inducir una continuidad natural entre el comportamiento y los valores y que una vida social fuerte y prolijamente reglamentada crea un individuo virtuoso.

Pero, desde otro punto de vista son revolucionarios: no reforman ni reorganizan el estado existente sino que lo destruyen para implantar uno nuevo. Ese orden inédito lo incluye todo: no sólo crean la norma que regula la conducta sino el valor que la impregna; no sólo la estructura de valores y las instituciones que la sostienen sino la cosmogonía que les da sentido, no sólo el orden social y el estilo de vida sino el espacio que las afina y reproduce. Lo único que escapa de su ensamblaje es el inconsciente y eso porque cuando comenzó (siglo XVI) la humanidad ni siquiera presentía su existencia.

Aunque el género utópico mantiene continuidad y coherencia desde sus inicios, algunas rupturas marcan diferentes etapas. Hay tres generaciones de utopistas y, por tanto, tres tipos de textos. La primera corresponde a los autores que escribieron entre el Renacimiento y la Ilustración, la segunda a los que aparecieron entre la Revolución Industrial y la Primera Guerra Mundial y la tercera está formada por los que vienen escribiendo desde la primera posguerra.

Restauración de la unidad

El paradigma del primer periodo es el de Tomás Moro que escribió su Utopía en 1516. Los textos de esta época están determinados por la posición existencial del escritor respecto a su tiempo: rechazo escandalizado, carencia de identidad o proyección con y en su sociedad y su cultura, sentimientos de pérdida, envilecimiento y confusión. Estos pensadores (Moro, Campanella, Bacon y Rabelais) no podían mirar hacia adelante, su indignación les impedía concebir un futuro diferente a la debacle moral del género humano. Si bien su concepción del orden estaba anclada en la cultura tradicional su propuesta era secular y racional, no querían construir la ciudad de dios en la tierra. La contradicción con su tiempo radicaba en el fin último del individuo. Ellos vivieron los preliminares del desmembramiento de lo que hasta entonces había sido un todo sin fisuras.

Su utopía, en consecuencia, reemplazaba a dios-padre por un orden social basado en la colectivización a ultranza; la dispersión se contrarrestaba con la regulación extrema y la relativización con una moral que abarcaba todas las instancias del ser humano y la vida

social. Las virtudes por excelencia de su sistema eran la frugalidad (es decir, parquedad, sobriedad, mesura, recogimiento, disciplina) y el altruismo (espíritu de sacrificio, actitud cooperadora, sumisión al bien o al objetivo común, obediencia, observancia estricta de las normas). Por medio del igualitarismo, la colectivización y la generalizada normatividad hacían desaparecer el egoísmo, la propiedad privada, el ocio, la desigualdad, la pobreza, el conflicto y todo tipo de marginalidad o exclusión social.

Su modelo de ciudad expresaba exactamente a esa sociedad. Las edificaciones que destacaban en el conjunto urbano eran las destinadas a la vida colectiva, el trabajo y la socialización. No había iglesias porque la utopía expulsa de su ámbito a un dios suprahumano, ni escuelas porque el oficio de vivir se aprendía en la vida misma. Las viviendas, aunque seguían albergando lo privado, perdían capacidad diferenciadora porque estaban construidas y dotadas de igual forma y porque eran asignadas temporalmente, los habitantes podían ser reubicados según lo determinara el trabajo o el crecimiento de la población. La vivienda, entonces, estaba destinada a fortalecer el sentimiento de igualdad y la condición fundamental de desposeimiento personal.

La ciudad estaba construida, no sólo para expresar y consolidar la colectivización, sino para garantizar un bienestar medido, ajeno a cualquier exceso u ostentación. La belleza era armónica con las virtudes supremas del ascetismo y la templanza; servía a la virtud, debía estimularla, permitirle que fluyera y darle una forma apaciguada lo cual simbolizaban las amplias y rectas avenidas. Era un equilibrio frágil: la belleza no debía exaltar los sentidos o

suscitar el deseo, ni la magnificencia de la ciudad generar envanecimiento o un temor reverencial. La morfología recordaba siempre a los habitantes que el orden social era la razón de ser, el alfa y el omega, y que el individuo, al contrario, era fugaz y contingente. Nada de delirios ni de fastuosidad; cada componente del espacio urbano tenía una función clara y debía cumplirla lo más eficientemente posible con el mínimo necesario. Estos eran, en definitiva, un terreno y un tiempo hostiles al genio.

La estética geométrica de esta utopía estaba determinada por la simetría y el ángulo recto. Ningún elemento desentonaba con la estética general, sólo el Estado construía ciudad y lo hacía según unos dictámenes inmemoriales: los legados por el héroe fundador. Puesto que en el espacio urbano se manifestaban el orden y la virtud era perfecto y, en consecuencia, invariable. Esa característica convirtió a las utopías en cuadros estáticos y detenidos en el tiempo; en estos sistemas no había elementos dinámicos, ni factores de cambio, la organización rígida del tiempo y el espacio los protegía de la movilidad. Las utopías son un presente vivido como inmodificable y una noción de la historia como cumplida.

Creación de una nueva unidad

La segunda etapa de las utopías fue progresista y tecnófila. Los autores no miraban hacia atrás porque el mundo estaba por hacerse para lo cual la sociedad disponía de una herramienta formidable: la ciencia. Nada estaba vedado al espíritu humano que se expandía y fortalecía cada vez más. Fue el tiempo de la esperanza, de la fiebre, de la audacia y la embriaguez. La

naturaleza había doblado . . .

naturaleza había doblado su cerviz, ya no se necesitaban dioses ni mitos. Los pensadores de entonces fueron Fourier, Saint-Simón, Owen y Cabet.

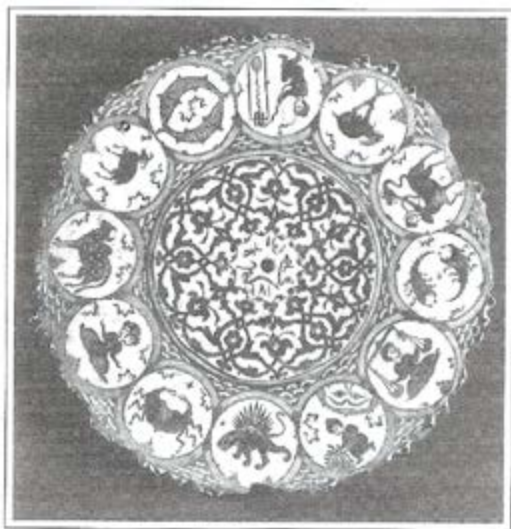
Sus utopías no buscaban la virtud sino la felicidad, no reprimían sino administraban, no se definían en la parquedad y la medida sino en la abundancia y el goce. La base de su sistema no era una criatura en lucha contra su naturaleza egoísta sino un ser libre y voluptuoso. El orden no se hallaba en el sacrificio colectivo sino en la realización individual. La tierra era el único paraíso y la propiedad exclusiva del espécimen humano; el hombre podía obtener la felicidad que fuera capaz de conquistar. ¿Cómo evitar la atomización y el caos de tal sociedad?. Sirviéndose de las pasiones para el logro del bienestar, la suma de individuos plenos es una sociedad feliz.

Aunque parece diametralmente opuesta a la anterior esta forma de utopía se sustenta en idénticos mecanismos: supresión de la propiedad privada, colectivización de bienes,

disciplina social, reglamentación de la vida cotidiana y una moral subordinada al mantenimiento del aparato institucional. Lo que sí la diferencia es la magnitud: Moro y los demás crearon sistemas que abarcaban un país o un continente; éstos narraban un grupo limitado que vivía de una forma específica que lo diferenciaba de la sociedad.

En este periodo no hay modelo de ciudad sino un espacio restringido cuyo arquetipo es el falansterio. Es una enorme construcción (simétrica, recta y cerrada sobre sí misma) en la cual se distribuyen, funcional y racionalmente, los espacios de producción, los comedores y salones sociales, las aulas y bibliotecas y los dormitorios. Este edificio autosuficiente y aislado -versión de un internado, sea convento, hospital, fábrica, cárcel o escuela- modela la rutina, segmenta el tiempo, conduce a sus moradores por actividades y roles y de esa forma los perfila. De esta época también proviene el panóptico, expresión espacial de una búsqueda de disciplina social; ambos expresan el orden industrial y la estética que lo caracterizó.

Son espacios limitados, demarcados y diferenciados que definen claramente un adentro y un afuera -es decir, un ellos y un nosotros-; que estandarizan la conducta y las formas de relación hasta hacerlas armónicas con la construcción y el telos que la anima. Exaltan la idea de comunidad, esto es, de compañía, de identidad y de pertenencia, pero, así mismo, inducen y se aseguran la vigilancia y el control. «Todos somos visibles, no estamos solos», una misma frase describe dos situaciones antagónicas y cargadas de significados opuestos. El falansterio devino panóptico como la comunidad devino control.



Abd al-Wahid Plato con los doce signos del Zodíaco
Loza vidriada en azul y blanco, 971 ah (año de la Hégira)

Otro rasgo común a los dos tipos de utopía es la supresión de la familia, institución que para ambas deformaba o pervertía lo social. La familia es el ámbito por antonomasia de lo privado, el mundo doméstico está fuera de la vigilancia y el control del colectivo. En Moro y sus contemporáneos todavía subsiste la vivienda familiar; en Fourier y los suyos desaparece y es reemplazada por dormitorios para adultos solos o en parejas que pueden ser temporales o casuales. Lo que en verdad destruyen ambas formas de utopía es la autoridad omnimoda del padre y la familia como transmisora de la cultura, los niños se socializan con el grupo de adultos, no «pertenecen» a un padre y una madre en particular. Este es un acto revolucionario: se desmonta el que hasta entonces había sido símbolo, objeto y sujeto del derecho y la cultura: el hombre adulto, blanco, padre y propietario.

La sátira de la unidad

Los utopistas de la tercera generación escriben Utopías Negativas. Ellos -Orwell, Huxley, Zamiatin, Farmer, Wells, Bradbury- han asistido al desmonte de la cultura occidental que hicieron posible, especialmente, el materialismo histórico y el psicoanálisis. Asumen que todo, incluyendo la psiquis del individuo o el genio, es una formación social, que no hay causas ni fines últimos, que lo que es, aún lo más sacralizado, dejará, inexorablemente, de ser; en fin, que «el hombre es como la sociedad lo ve» (I: 386). No tienen que «imaginar» formas de mantener el orden social, les basta con deconstruir las que existen; sus novelas son la puesta en blanco y negro de una organización que ante los ojos del individuo corriente aparece confusa, compleja, inaprensible y ubicua.

Porque entienden el mecanismo psíquico de la represión, porque tienen una comprensión histórica de la lógica y los métodos del capitalismo y porque disfrutan de las licencias que otorga la ficción pueden descomponer, comprender y recomponer el poder; así logran establecer un continuo sin rupturas -mediado por el control- entre el individuo, la sociedad y la cultura. Para erigir sus mundos disponen de muchos conocimientos. Por ejemplo. Saben que el individuo tiende -y necesita- mantener la unidad psíquica por lo cual está dispuesto a «borrar», o a ignorar deliberadamente, los datos que le resultan contradictorios o perturbadores. Saben que el individuo es pragmático y le interesan más la adaptación y la aceptación de los otros que la verdad. Saben que la gente delega y enajena porque no quiere asumir la carga de un mundo incomprensible y apabullante:

La apatía hacia el pasado, la renuncia al futuro, y una determinación de vivir al día son un punto de vista que se ha hecho característico de la vida ordinaria en circunstancias dominadas por influencias sobre las que los individuos sienten que poseen poco o ningún control (3: 220).

Por otro lado, saben que una vez conseguido el total control de la sociedad ya no importará quién y para qué lo ejerza. Saben que el mundo se vuelve más irracional con el avance de la ciencia aunque, paradójicamente, la ciencia sea el intento continuo del espécimen humano por controlar y racionalizar la realidad. Y saben que en el mundo moderno todo conocimiento es hipotético y temporal y todo valor relativo y sustituible.

Los utopistas negativos, además, sacan partido de una verdad inobjetable: uno es el mundo

que aparece a la reflexión ...

que aparece a la reflexión filosófica y otro el que se vive en lo cotidiano. Las ciencias sociales, el arte y la filosofía han develado la aridez ética y existencial de nuestro mundo pero éste sigue reproduciéndose sin interrupción ni cambio. Es agitado e inestable, eso sí; eventualmente se ve sacudido por esclarecidos y profetas pero una vez estos mueren o pierden su carisma, las aguas se calman y vuelven a su cauce. El nodo de sus ficciones es, en últimas, quién y para qué utiliza el acumulado humano universal de conocimiento o subordina la tecnología al ejercicio y perpetuación del poder y del estado de las cosas.

La crisis de la razón es excelente tierra para la utopía negativa:

La paulatina desaparición de las grandes respuestas deja una triple opción al individuo contemporáneo: insistir sin éxito en la construcción de una nueva episteme o adherir a alguna ya en plaza; darse de lleno a la praxis, dedicarse, con fe en el progreso, a la transformación de la naturaleza por la técnica sin mayores exigencias gnoseológicas; o, por último, rebelarse frente a este conformismo que traza límites precisos al conocimiento humano de la realidad e intentar otras vías de acceso a lo Absoluto. Con esta última opción asistiremos al auge de las tendencias irracionalistas (4: 65).

Guardando las debidas proporciones, y forzando un poco la idea, podría afirmarse que esta es la misma coyuntura del Renacimiento. Moro y sus contemporáneos reaccionaron con horror y pretendieron restaurar el paraíso perdido; los utopistas actuales la recrean sin ningún escrúpulo ni piedad.

Los utopistas negativos se sitúan en un vórtice que ronda lo trágico: la inercia de la sinrazón, el Frankenstein asombrado de que ya no nos espante. Estos novelistas no son revolucionarios ni demiurgos -como sus más lejanos antecesores- porque no crean un mundo nuevo sino testimonian ficcionalmente el que les ha tocado en suerte vivir: Son escépticos, anarquistas descreídos, malas conciencias mordaces dispuestas a divertirse.

Con un vigoroso espíritu crítico, y en forma paródica, la Utopía Negativa reintrodujo la unidad en el mundo, resucitó al padre y restableció la religión, aprehendió la esencia (que está en el Nosotros) aunque haya alterado la forma. Padre y dios confluyen en la figura del sátrapa que detenta y ejerce el poder; los seres humanos, devueltos a su condición de hijos, son dominables -y dominados- porque necesitan la aceptación del padre y el premio que trae consigo: el final del vacío.

Pero el de la utopía negativa ya no es un contexto metafísico ni metafórico. La cotidianidad real es pragmática; entre más acciones puedan convertirse en actos reflejos menos decisiones habrán de tomarse lo cual significa mayor comodidad. Igual sucede con los prejuicios: entre más se tengan más clara resulta la realidad. Este padre redivivo instaura el mundo feliz de los dogmas que señalan sin equívocos al bueno y al malo, el mundo seguro que desconoce matices y ambigüedades, el mundo estable donde todo es bueno y por eso debe permanecer igual, el mundo ligero en el que vivir es, simplemente, gastar los días, el mundo sin riesgo que eliminó el peligro de lo diferente, lo sorprendente o lo incomprensible.

A las gigantescas masas humanas que pueblan las utopías negativas les tiene sin cuidado quién es el amo o qué legitima su dominación. Les importa la inalterabilidad de la imagen y la continuidad del ritual. Les es fundamental experimentar la felicidad de hacer sólo lo que les gusta y que, sin ningún esfuerzo, eso sea igual a lo que se les dice que deben hacer. Les basta con que les sigan dando lo que quieren tener y que el tiempo que pasa entre la aparición del deseo y su satisfacción se reduzca continuamente. Están contentos con su vida pueril porque no les exige ejercer la razón. Son masas de individuos sin conflictos ni tragedias, inocentes y sin misterio.

Los mundos de la utopía negativa empezaron después de una guerra mítica que destruyó los antiguos regímenes. La vida humana se concentró en unas pocas pero gigantescas ciudades y nadie pudo ya existir fuera de ellas; la ruptura con la naturaleza fue radical y definitiva. En estos mundos la lógica del control social es reducir, de manera progresiva, la esfera de lo individual, lo privado y lo personal hasta conseguir que psicológica, emocional y socialmente el individuo no necesite privacidad, es más, que la soledad, el silencio y la reflexión le repugnen. En otras palabras, la visibilidad guarda una proporción directa con el control. La utopía negativa consigue el máximo de ambos: personas solas que viven en espacios transparentes; para cada quien una función invariable; prácticas sociales que se desarrollan siempre afuera y en grupo; desaparición de intermediarios entre el individuo y el poder del Estado; completa reglamentación de la vida diaria que se manifiesta en un uso estricto, controlado, dirigido y generalizado del tiempo y el espacio.

El poder es proporcional al número de actores que lo ejerzan: entre más concentrado más efectivo. El extremo puro de totalitarismo es el Estado como único propietario de todo lo que existe y, por tanto, como exclusivo regulador de las actividades individuales y sociales. Si el Estado posee los medios de producción, distribución y reproducción y además es el único oferente de bienes e ideologías, la sociedad, aunque satisfecha (es cuando más puede serlo), está completamente sojuzgada.

En este caso límite la ciudad es un artefacto, la máxima expresión de la racionalidad técnica porque su intención es determinar al individuo; no es el espacio en que transcurre su existencia sino el que crea su existencia. Eso se traduce en muchas personas haciendo lo mismo en el lugar fijado y en el tiempo indicado para ello. El uso establecido e inalterable del espacio, la observancia ritual de conductas y fórmulas estereotipadas y la compartimentación férrea del tiempo individual y social configuran la apariencia externa de un orden internalizado. El logro de esta sociedad de masas es hacer que la persona pierda el sentimiento de ser importante y enajene el ejercicio de la razón porque no le reporta satisfacción ni tiene sentido.

Lo privado, lo diferente y lo individual -y con ellos la diversidad, la creatividad y el cambio- languidecen y desaparecen sin necesidad de disparar un solo tiro. Y ese proceso no sólo sucede en la ciudad sino que sería imposible sin ella. La respuesta a dónde y con qué satisfacen los individuos sus necesidades es una de las claves para comprender una forma de vida, una relación social, una cultura y, por eso mismo, un uso del espacio.

La ciudad de las utopías negativas debe albergar, en orden, a una población de millones de personas (30 o 40) y garantizar una calidad de vida aceptable para todas ellas. La ciudad es, entonces, una aglomeración ordenada de edificios muy altos que han reemplazado a los barrios y urbanizaciones. Los hitos de la ciudad son las sedes del poder, la producción y el consumo de tiempo libre. Destacan también los espacios públicos diseñados y construidos para la reunión de enormes muchedumbres, simbolizan el pathos del delirio colectivo. Es el apogeo de la construcción serial y racional que calza muy bien con un modo de vida taylorizado y masivo. Subsisten el colectivismo, la disciplina social, la desaparición de la familia y el igualitarismo. Si la utopía moreana era nacional y la progresista comunal, ésta es mundial.

En este universo hay infelices, disidentes o desviados que se invisibilizan, se apartan de la vista o, si no se pueden asimilar, se eliminan. A veces se insensibiliza tanto al colectivo respecto a ellos que termina por ignorarlos deliberadamente; otras se les naturaliza hasta que pierden la carga problemática que les es propia. Que exista lo «malo» no tiene significado en sí mismo, lo que le da valor es cómo se justifica su existencia, de esa explicación provienen la fuerza movilizadora o la quietud.

La utopía negativa restablece el destino como la razón fundamental de la existencia humana y social; lo que sucede no responde a una causalidad cognoscible y que puede ser transformada sino a un deber ser que excluye la voluntad humana. En esa medida, la realidad no genera conflictos ni problemas, «solucionarla» es competencia, y deber, del

amo. Es la restauración de la cosmovisión medieval.

Transposición de la utopía a la realidad

La ciudad es caja de resonancia y contexto de estas formas de existencia; entendiéndola como espacio y modo de vida, la ciudad sería capaz de informar (crear, modelar, determinar, dar forma, propiciar, generar) una sociedad y una cultura si se conjugaran los siguientes elementos:

1. Ser cerrada, de forma literal eso ya no es posible pero metafóricamente puede concebirse como la existencia de una alteridad hostil, de otro que, estando afuera, consolida el nosotros y genera un ethos paranoide e irracional. Así como ese otro simboliza lo malo, lo prohibido o lo intolerable, el «cerrado» es mental y se manifiesta en pánico al cambio, en aceptación del modo de vida, en seguridad absoluta de estar teniendo, siendo y viviendo según el deseo y en un temor irracional a la diferencia a la cual se estigmatiza y persigue. El resultado es que las relaciones sociales están permeadas por la sospecha y que la sociedad se percibe como si viviese en un continuo estado de guerra.
2. Ser transparente, es decir, aumentar siempre la visibilidad de quienes la habitan. Literalmente esto se logra con el uso generalizado de materiales no opacos o con la fabricación serial de espacios modulares; en un sentido metafórico se consigue uniformando y masificando los modos de vida y de pensamiento. Aunque

no se puede «ver» todo porque no siempre se puede «entrar», sí es posible aumentar la predictibilidad quitando espacios y oportunidades para conductas o episodios no estereotipados, sorprendentes, transgresores o diferentes.

3. Ser niveladora o, mejor dicho, desestimular lo individual sin reprimirlo de forma directa. Esto sucede, entre otras formas, cuando la población se encuentra mejor en los espacios externos y abiertos que en los internos y cerrados, bien porque la vivienda es inadecuada o, mejor aún, porque lo que está afuera seduce y sustrae. Lo más apropiado es quitarle funciones y significados al espacio privado hasta despojarlo de su sentido de objetivación y construcción del yo para convertirlo, simplemente, en el espacio mínimo de la reproducción cotidiana. Este proceso de colectivización es paralelo y consubstancial a uno de desindividualización y trae consigo la desaparición de los estilos de vida propios. Es una trayectoria que lleva al límite una peculiaridad humana: «el individuo sólo se siente psicológicamente seguro en la identidad de su yo en la medida en que otros consideran su comportamiento apropiado o razonable» (3: 243).
4. Ser inalterable: es la condición para la existencia cotidiana porque garantiza la continuidad, naturalidad y seguridad que requiere el individuo para actuar. La forma de seguridad más importante que ha conseguido la modernidad es el secuestro de la experiencia: «separación de la vida cotidiana del contacto con experiencias que plantean cuestiones existenciales

potencialmente perturbadoras: la enfermedad, la locura, la criminalidad, la sexualidad, la vejez y la muerte» (3: 294). Para anular su poder desestabilizador se las ha ocultado en el hospital, el manicomio, el ancianato y la cárcel. Es una tendencia progresiva que permite suponer que siempre se estarán señalando conductas, creencias, sentimientos, actitudes o rasgos físicos o psicológicos que, debido a la peligrosidad que se les confiere o al rechazo que generan, deban ser encerrados.

Sin embargo, estas afirmaciones pierden contundencia si se las confronta con dos realidades contemporáneas: la globalización, orientada por el mercado, y la existencia de países no industrializados, no occidentalizados o que no han superado el reino de la necesidad.



A. van Aken Planetario con el Sol y la Luna. Latón, marfil y papel, siglo XVIII.

En un mundo cuya economía es global y que está surcado por redes de información que no conocen fronteras, son imposibles las autarquías, las ciudades-Estado y las culturas locales. La xenofobia y el fundamentalismo, como diferenciadores y constructores negativos de identidad, son lo más cercano pero no galvanizan a una sociedad nacional sino a grupos específicos. Una ciudad puede ser contenedora de muchos grupos en pugna; por eso mismo es difícil asegurar una hegemonía tal que borre las diferencias o que se constituya en la convergencia total y universal. La fragmentación característica en todos los ámbitos de la modernidad tardía hace imposible la existencia de la unidad que requiere el totalitarismo -aunque siempre se podrá acudir al terror para lograrla.

Por otra parte, en países no industrializados, la necesidad insatisfecha y la desprotección jurídica y económica del ciudadano son realidades que generan tendencias contrarias a la utopía negativa: creación de comunidades alrededor de la solidaridad, expulsión del espacio externo porque es inseguro o está apropiado, aguda diferenciación entre individuos, grupos y clases determinada por el desigual acceso al mercado y heterogeneidad de fuentes que satisfacen las demandas.

Además, los estados de esta parte del mundo y de este lugar de la historia están lejos de tener el triple monopolio necesario: de la fuerza, de los recursos económicos y de los recursos organizativos¹.

El camino que se abre

La utopía es el sueño de la felicidad humana y la virtud social en una ciudad bella y ordenada. La trayectoria de cinco siglos de esta idea la llevó a la ciudad de las utopías negativas que es, a su vez, la versión perversa del ideal urbano del movimiento moderno: claridad matemática y geométrica en la arquitectura y la planificación de las ciudades. La paradoja, deliberada, es que su modo de vida, de organización y de control no es moderno. El que la habita no tiene relación alguna con el sueño ilustrado y progresista de autonomía, plenitud y racionalidad; al contrario, es el individuo-masa que Freud descubrió:

El sujeto descentrado del psicoanálisis es un punto de encuentro de fuerzas psíquicas y sociales más bien que señor de ellas. El escenario de una cadena de conflictos, más que el autor de un drama o el autor de una historia².

La gran diferencia entre la utopía moreana y la negativa es que la primera busca la unidad porque aún cree en el Absoluto; la utopía negativa surgió en medio de la fragmentación por lo cual abandonó la utopía de la unidad, de la reconciliación o de la armonía universal. Los utopistas negativos ironizan la unidad porque saben que la voluntad de síntesis, cuando no existen las condiciones objetivas de la misma, no puede sino expresarse por un acto de violencia sobre la realidad³.

El género utópico, aún en su forma literaria, es un ejercicio intelectual y racional más que estético o emocional, como lo es el de la literatura mimética. Por esta razón me parece pertinente incluirlo entre las alternativas disponibles para la construcción de un discurso sobre la ciudad y lo urbano en el cual éstos no

¹ Infortiño, Lorenzo. *Marx contra la modernidad*. En: Casullo. *Op.cit.* Pág. 206.

² Wellmer, Albrecht. *La dialéctica de modernidad y posmodernidad*. En: Casullo. *Op.cit.* Pág. 233.

³ Rupert de Ventos, Xavier. *Kant responde a Habermas*. En: Casullo. *Op.cit.* Pág. 148.

sean convidados de piedra, telón de fondo u objeto de intervención de una racionalidad técnica. El objetivo de este texto era hacer una presentación en sociedad de ideas que viniendo de la filosofía y la literatura podrían leerse desde la perspectiva teórica del Urbanismo.

Sin embargo, hay que hacer varias transposiciones que necesariamente refutan y relativizan las ideas contenidas en este artículo:

1. Pasar de la literatura a la teoría con los consecuentes problemas de generalización y validez.
2. Pasar de esas categorías a la realidad y, sobre todo, a cuál realidad.
3. Pasar del mundo post (industrial, moderno, estructuralista) que es el contexto tanto de esa literatura como de esa teoría al nuestro o, más exactamente, a Colombia que en muchos sentidos es pre y antimoderna. ¿Es una óptica válida que nos aclara o, por el contrario, contribuye a deformar?

En fin, el problema de fondo, y aplicable a todos los contextos, sigue siendo el de la experiencia de la subjetividad del sujeto urbano.

Bibliografía

1. Becker, Ernest. *La estructura del mal. Un ensayo sobre la unificación de la ciencia del hombre.* Fondo de Cultura Económica. México: 1980.
2. Casullo, Nicolás. *El debate modernidad - posmodernidad.* Puntosur S.R.L. Buenos Aires: 1991.
3. Constain, César. *Diccionario de Psicopatología.* Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: 1997.
4. Giddens, Anthony. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea.* Editorial Península. Barcelona: 1997.
5. Puleo, Alicia. *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea.* Ediciones Cátedra. Universidad de Valencia. Instituto de la Mujer. Madrid: 1992.



Compromiso de todos . . .